

dor de ser un incrédulo. Y no hay que refutarnos, *Joinville* mismo nos dirá si sus sentimientos eran los de un católico ferviente. Un día le preguntó San Luis: «¿Qué quisierais más, ser leproso ó haber cometido y cometer un pecado mortal?» «Y yo, dice *Joinville*, que nunca quise mentir, le respondí que más quería haber cometido treinta pecados mortales que ser leproso.» Mas después, á solas con su amigo, el Rey le reprendió con dulzura, pero *Joinville* persistió en su opinión.

¿Cómo conciliar estas ideas con el dogma cristiano? Pudiera creerse que no eran más que instintos, eso que los católicos llaman inspiraciones del diablo, pero que, á pesar de las seducciones del tentador, la fe queda intacta. No hay nada de esto. Surgían extraños pensamientos, cuya tendencia era nada ménos que conmover el cristianismo en sus fundamentos; no era incredulidad, era el gérmen de un fe nueva más grande, más consoladora que la fe cristiana. El autor de un *fabliau* hace del pecado original la misma crítica que la filosofía moderna: «La falta de Adán no es una caída que vicie la naturaleza humana; es el despertar al conocimiento, es decir, á la vida» (1). Negar el pecado original es creer que todo hombre puede salvarse y que todos se salvarán. La creencia en la salvación universal estaba muy generalizada en el siglo xv; no querían creer que Dios hubiera creado las almas para tener el placer de condenarlas (2).

Así es que salió una creencia más verdadera de la oposicion en un principio irreflexiva é instintiva de la naturaleza humana contra el espiritualismo excesivo de la religion cristiana. La oposicion era inevitable en el sentido de que la doctrina católica era falsa, al paso que los instintos de la naturaleza eran la expresion de la verdad. Sin embargo, entra en los designios de la Providencia el favorecer el desenvolvimiento de la verdad. Circunstancias exteriores, que los hombres en su ignorancia llaman causalidad, despertaron la libertad del pensamiento en medio de las tinieblas de la Edad Media; era el contacto del Occidente cristiano con el Oriente mahometano y el renacimiento de la antigüedad.

(1) LEGRAND D'AUSEY, *Fabliaux*, t. III, p. 246.

(2) GERSON, *Sermo de nativitate Domini* (*Op.*, t. III, p. 947).

§ II.—Influencia del mahometismo.

La fe en una religion revelada no puede conservarse más que en el aislamiento. He aquí por qué Moisés aisló á los Israelitas; solamente separándolos del resto de la humanidad consiguió hacer de ellos el pueblo de Dios. Pero tambien aquel pueblo que, segun los católicos, representaba la futura Iglesia, llegó á ser el más insociable de los pueblos; si es un tipo, lo es del exclusivismo que caracteriza á las revelaciones milagrosas. El aislamiento es una violacion de las leyes de la naturaleza; las naciones deben vivir en sociedad lo mismo que los individuos. Ahora bien, en cuanto los hombres entran en relacion, sus sentimientos se agrandan, sus ideas se extienden. La religion se pierde, dirán los adoradores celosos de un Dios que han hecho á su imágen. No, la religion deja de ser privilegio de una sociedad pequeña, para ser patrimonio comun del género humano.

Nunca salía el pueblo judío de su estrecha existencia sin sacrificar á los dioses de los paganos. En la Edad Media sucedió lo mismo á la cristiandad. La invasión de los Bárbaros fué como la muerte del mundo antiguo; el Occidente católico se separó del resto de la tierra. Mientras duró el aislamiento, los creyentes estuvieron al abrigo de toda duda; hubo algunos siglos de fe ciega y de tinieblas intelectuales. Pero la Iglesia misma levanta á la Europa y la arroja sobre el Asia. En ninguna parte resplandece más que en las cruzadas el gobierno providencial. Emprendidas por la Iglesia con propósitos de ambicion y de propaganda religiosa, las guerras santas arruinan á la Iglesia y comprometen la religion de Cristo. La fe sin límites que inspiraba á los cruzados se puso en contacto con otra creencia igualmente fanática. ¿Cuál fué el resultado de la colision? En los romances caballerescos los héroes cristianos y sarracenos disputan sobre teología; cada cual sostiene naturalmente la superioridad de su religion. Sin embargo, aquellas relaciones acabaron por despertar la reflexion; viendo á los discípulos de Mahoma tan adictos á su ley, que nadie consintió en abandonarla por la de Cristo, los cristianos con-

cibieron dudas respecto de su fe. Bajo el punto de vista filosófico, dos revelaciones que coexisten se destruyen mutuamente: esta fué á la larga el efecto de la lucha del cristianismo y del mahometismo.

Sabido es el fanatismo que animaba á los primeros cruzados; la intolerancia fomentó las cruzadas y duró tanto tiempo como las guerras santas. Sin embargo, al fin de aquellas luchas seculares se despertaron mejores sentimientos, al ménos en los poetas que cantaban las hazañas de los guerreros y que muchas veces tenían parte en ellas. Se lee en un poema caballeresco de *Wolfram d'Eschenbach* una apología de los gentiles; los acentos del poeta son dignos de la poesía, que debe cantar el amor y no el ódio: «Dios, dice, que es todo misericordia, ¿había de crear á los hombres para entregarlos á la muerte eterna?» (1). La idea misma de una guerra emprendida para convertir á los infieles por la fuerza de las armas, esa idea mahometana más bien que cristiana, encontró censores. Un clérigo no temió atacar al Papa y á los príncipes que acometían «como fieras» á aquellos pueblos cuya creencia era diferente de la suya: «¿No obrarían mejor, dice, esperando, como Dios espera, á que aquellos hombres extraviados vuelvan por sí mismos á la verdadera fe?» (2).

Se acusa de intolerancia á los católicos. Bajo su punto de vista tienen razón, porque de la tolerancia á la idea de que todas las religiones son santas, no hay más que un paso. Desde la Edad Media hubo sectas que sostenían que la fe de Mahoma era tan verdadera como la de Jesucristo (3). La indiferencia conducía á la incredulidad. Esto se vió en Federico II y sus cortesanos. Un príncipe que tenía relaciones íntimas con los Sarracenos y que hablaba de teología con los doctores árabes, no podía ya ver en el cristianismo la única religión verdadera. Ahora bien; el creer que todas las religiones son verdaderas, es decir en cierto sentido que todas son falsas. De aquí la blasfemia de los *Tres Impostores*. Inocencio IV echó en cara al Emperador incrédulo su predilec-

(1) GERVINUS, *Geschichte der deutschen Dichtung*, t. I, p. 406.

(2) GUILLERMO, clérigo de Normandía (*Historia literaria*, t. XIX, p. 662).

(3) D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum*, t. I, P. 1.^a, p. 396.

cion por los Sarracenos; los Árabes acudían á su córte, y en pos de ellos vino la indiferencia y la incredulidad, que invadieron hasta los dignatarios de la Iglesia. El cardenal Ubaldini, amigo de Federico II, hacía pública profesion de materialismo (1).

Otro origen de incredulidad fué el mal éxito de las cruzadas. Esta pudiera llamarse la incredulidad de la desesperacion. Los cruzados habían tomado las armas al grito de *¡Dios lo quiere!*; se creían seguros de la victoria. Cuando vieron vencedores á los Sarracenos, concibieron dudas acerca de un Dios que los había engañado; cuanto más profunda había sido la fe, más amarga fué la desesperacion. Su cólera se dirigió primeramente contra la Iglesia. El clero era el que había encendido las guerras que llamaba santas; había prometido á los combatientes el apoyo de las milicias celestes; las derrotas humillantes de los cruzados desmintieron rotundamente estas promesas. Escuchemos al trovador *Austore d'Orlac*; despues de la muerte de San Luis, exclama: «¡Maldito sea el clero! ¡Malditos sean los Turcos que nos han retenido en esta tierra! Pero ¿no es Dios el que ha hecho este mal, puesto que les ha dado poder para ello? Desde hoy ya no se debe creer en Jesucristo; es justo que adoremos á Mahoma, puesto que Jesucristo y la Santa Vírgen quieren que seamos vencidos contra todo derecho» (2). Como se ve, la reaccion no se detuvo en la Iglesia; ¿no se identificaba la Iglesia con la religion? Los cruzados oían decir á los enemigos de la cristiandad: «¿Dónde está vuestro Dios, cuyo sepulcro venís á salvar? ¿Por qué os abandona?» (3). Lo que los infieles echaban en cara á los cristianos como un insulto, los cristianos se lo decían á sí mismos. El canto famoso del *Templario trovador*, es una revelacion de estos sentimientos:

«El dolor y la cólera se han apoderado de mi alma, y poco falta para que me maten. Caemos bajo el peso de esta cruz que habíamos tomado en honor de Aquel que murió en ella. Ya no hay cruz ni fe que valga contra esos malditos felones Turcos. Parece, por el contrario, y todo el mundo puede verlo, que Dios los sos-

(1) RENAN, *Averroes*, p. 228-230.

(2) *Historia literaria de la Francia*, t. XIX, p. 606.

(3) *Epistola Gregorii IX, a. 1274* (MANSI, t. XXIV, p. 40).

tiene para nuestro mal..... Los Turcos han jurado formalmente no dejar en estos lugares un solo hombre creyente en Jesucristo; de la Iglesia de la Santa Virgen van á hacer, segun dicen, una mezquita. Pues bien; si Dios, á quien todo esto debia desagradar, lo consiente y se conforma, preciso será que nos conformemos tambien. Bien loco es, pues, él que busca pendencia á los Turcos, cuando Jesucristo se lo consiente todo..... Dios dormita; Dios, que ántes velaba por nosotros, y Mahoma hace resplandecer su poder» (1).

¿Quién creará que este canto emana de uno de aquellos guerreros que consagraban su vida á la defensa de la cristiandad y que fueron por mucho tiempo el terror de los infieles? El nombre del Temple despierta el recuerdo de una tragedia lúgubre; la orden entera fué suprimida como inficionada de herejía y de incredulidad. Apenas nos atrevemos á hablar de los errores religiosos de los Templarios, en presencia del crimen de sus jueces, mejor diriamos de sus verdugos. Sin embargo, puesto que los condenó un concilio, preciso es cuando ménos que consignemos las acusaciones dirigidas contra las víctimas. El Papa escribia en 1306 á Felipe el Hermoso, que circulaban rumores increíbles, inauditos, sobre los Templarios (2). Decíase que los novicios, despues de haber recibido los paños de la orden (el manto blanco y la cruz roja) eran conducidos á un lugar secreto, donde se les mandaba escupir sobre la cruz y pisotearla, renegando de Jesucristo como de un impostor; que los recalcitrantes eran castigados con la prision y aún con la muerte; así como los que revelaban tan horrible secreto; por último, que los Templarios adoraban en lugar de Jesucristo un Dios desconocido, un demonio. La Bula de 1308 consigna la apostasia y la incredulidad; el Papa afirma que en su presencia y en várias ocasiones los caballeros arrestados confesaron haber negado al Redentor; se felicitó por el descubrimiento de esta defeccion escandalosa que amenazaba la existencia del cristianismo (3).

(1) FAURIEL, *Historia de la poesia provenzal*, t. II, p. 138.

(2) *Epistola Clementis ad Philippum* (BALUZE, *Vita Pap. Aven.*, t. II, p. 75).

(3) MANSI, t. XXV, p. 424.—D'ACHERY, *Spicilegium*, t. II, p. 199.

¿Qué hay de cierto en estas acusaciones? Es imposible revisar el proceso al cabo de tantos siglos. Una cosa es segura, y es la crueldad de los jueces; y cuando los jueces son culpables, las presunciones son favorables á los condenados. No creemos en la culpabilidad de la orden como tal; sería contrario á todas las probabilidades históricas que una orden religiosa se hubiese convertido en una orden incrédula; las negativas constantes de la mayor parte de los acusados manifiestan su inocencia y la de la orden. Pero sería igualmente inconcebible que no hubiese nada de verdad en acusaciones que tuvieron eco en toda la cristiandad. Hay confesiones, no arrancadas en las torturas, sino hechas libremente en Inglaterra, y que confirman la informacion hecha en Francia. Hay otro hecho igualmente cierto é igualmente concluyente, al ménos respecto de los individuos; las acusaciones dirigidas á los Hospitalarios y á los Templarios, mucho tiempo ántes de los inicuos procedimientos de Felipe el Hermoso. Inocencio III escribe al gran Maestre del Temple: «¡Oh dolor! Los Templarios no se sirven de la religion más que como de un pretexto para satisfacer su ambicion y para entregarse á los placeres del mundo» (1). Gregorio IX acusa á los Hospitalarios de tener concubinas públicamente; y aún muchos, dice, incurren en herejía y no temen sostener á los enemigos de Dios y de la Iglesia (2). La influencia inevitable del contacto del Oriente, explica las aberraciones de los caballeros cristianos. Despues vino la desesperacion que la caída de Jerusalem produjo en el alma de sus defensores; los soldados de Jesucristo, viéndose abandonados por Aquel cuyo sepulcro defendian contra los infieles, renegaron de Jesucristo. La religion del Temple era el fanatismo llevado hasta el furor; los extremos se tocan; el fanatismo, estrellándose bajo la fuerza de la triste realidad, dió lugar á la incredulidad. Este es el destino de muchas almas que se pierden en el catolicismo; la supersticion engendra en ellas fatalmente la duda y la negacion.

(1) INNOCENTII III *Epist.* X, 121.

(2) GREGOR. IX *ad Magistrum Hospitalis* (RAYNALDI, *Annal.*, a. 1238, número 32).